

UIS CANO HABLO HOY EN EL CEMENTERIO

Tengo la comisión honrosísima de saludar por última vez en nombre del liberalismo colombiano al más generoso de sus adversarios y al más insigne de nuestros compatriotas"

Don Luis Cano, comisionado por la Dirección del partido liberal para llevar la palabra en el Cementerio en el entierro del doctor José Vicente Concha, pronunció hoy a las doce y media del día, el discurso siguiente:

Serán muy breves las palabras que la emoción me deje decir delante de esta tumba, que en un rincón sagrado de nuestra propia tierra, aguarda con impaciencia maternal los despojos mortales del doctor Concha.

En realidad, no debería turbarme la voz humana el recogimiento de este acto de reintegración del patrimonio espiritual y físico de la república, merced al cual vuelven a ella, por una intensa atracción de amor, el alma y la carne de quien fue, de acuerdo exactamente con el concepto inmortal del señor Caro, un pedazo de las entrañas de la patria. El silencio, uno de esos grandes silencios de la multitud, sería el homenaje digno a un mismo tiempo del prócer, del lugar y de las circunstancias. Pero se me dió la comisión honrosísima de saludar por última vez en nombre del liberalismo colombiano al más generoso de sus adversarios y al más insigne de nuestros compatriotas; tengo a cumplirla con el espíritu agobiado materialmente de temor y de angustia. Yo no soy —del— declararlo otra vez—, imparcial para juzgar al doctor Concha. Precisamente porque fui uno de los últimos en comprenderlo, me conformaría difícilmente con hacer de su memoria una evocación superficial y discreta. Tengo, además, obligaciones de gratitud hacia él, que no podría saldar con un discurso protocolario, que me exigen una devoción constante a su recuerdo y a su nombre, una lealtad apasionada a sus ideales, a sus enseñanzas y a sus inquietudes patrióticas.

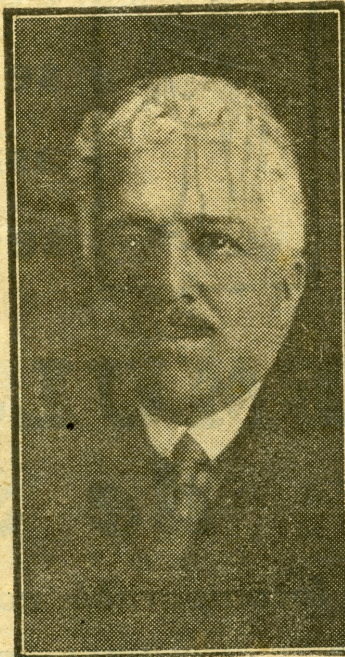
No ignoraban, ciertamente, esta circunstancia quienes me hicieron el honor muy grande de constituirme vocero suyo, y debo creerme autorizado para decir en su nombre y en representación del liberalismo colombiano, que la tumba del doctor Concha será, con el asentimiento de todos, uno de los santos lugares del patriotismo nacional.

Adviértase bien que no tienen estas palabras el valor de una simple fórmula de mala retórica de cementerio. Las pronuncio con una profunda emoción de respeto religioso y de ansiedad patriótica, y tra-

Un día—ojalá próximo—la hermosa silueta de patrio del doctor Concha, tallada en un bloque de piedra en estos momentos que no pudieron admirar sus ojos al cerrarse para siempre, habrá de congregarnos nuevamente a quienes ahora lo vemos descender a la tierra que tanto amó, amparado por la bandera orgullosa de su patria, que al plegarse sobre su cuerpo adquiere amorosas actitudes maternas.

de la generalidad de los colombianos, el de todos los colombianos para quienes el doctor Concha fue en su época el más alto símbolo de la nacionalidad, el intérprete feliz y orgulloso de nuestras aspiraciones, de nuestros derechos y de nuestras prerrogativas de raza.

No es, pues, a título de me-



Don Luis Cano

ra lisonja fúnebre como reclamo para su tumba el carácter de un santuario del voto nacional. En obediencia a una voz insistente de mi conciencia, que me dice a todas horas que este país, amenazado en su estructura espiritual por las avenidas desbordadas de una especie de determinismo económico, necesita restaurar energicamente el culto de sus próceres, para restablecer el equilibrio indispensable entre sus aspiraciones de progreso y sus ansias de independencia, entre su ambición de hacerse rico y su obligación de conservarse libre.

Es infundada, y conviene desautorizarla en presencia suya, y en esta oportunidad solemne, la preocupación de que el doctor Concha predicó un evangelio internacional anacrónico, de realización práctica imposible en el estado actual de nuestras relaciones e-

bernante ni como estadista, expresó jamás concepto alguno ni promovió gestión de ninguna especie que el país tenga necesidad de rectificar para hacerse digno del respeto y de la amistad de las grandes y de las pequeñas potencias. Preconizó, ciertamente, una política de orgulloso decoro y de intransigente independencia, que no excluye la cooperación ni prescribe la cortesia, y que es la única fórmula de amistad posible entre países jurídicamente iguales y mutuamente dignos. Esa fórmula es de obligatoria observancia para cualquier gobernante que aspire, en Colombia o en cualquiera otra nación, a merecer de sus compatriotas y de los extraños el concepto de magistrado independiente de un país independiente también; y por lo mismo que correspondió al doctor Concha el honor de enunciarla en una forma nítida, es nuestro deber de colombianos recordar juntos su nombre y su doctrina, y exaltarlos ambos como expresión simbólica de un noble anhelo nacionalista, conciliable con una generosa disposición internacional.

Si me fuera permitido referirme brevemente en esta ocasión a un incidente de nuestra política interna, que en cierto modo no es extraño a esta ceremonia cívica, diría como síntesis de mis conceptos anteriores, que no concibo el movimiento de concentración nacional patriótica, sino como una consagración feliz de la ideología del doctor Concha, y como una afirmación plebiscitaria de sus postulados y de sus normas de política internacional. En esa convicción, y con una declaración previa semejante, ingresé a él y he prometido secundarlo, porque no temo, ni toleraría por consideraciones de partido, un conflicto humillante entre mis convicciones políticas y mis aspiraciones patrióticas.

Desaparecido el doctor Concha, en quien admiré desde que pude comprenderlo, al conductor ideal de nuestra democracia, nos quedan su ejemplo y su doctrina como seguras normas de acción ciudadana, como derrotero que impunemente no podríamos abandonar. En todas las acti-

como intérprete de las instituciones, como expositor político y como primer magistrado de la república, la obra del doctor Concha llevó invariablemente el sello de una exquisita pulcritud personal y de una inflexible austeridad democrática. Defendió los fueros del poder civil y el decoro y la soberanía de la nación contra los más altos poderes del mundo, y lo hizo sin una leve alteración en el ademán ni en las palabras, que fueron siempre majestuoso y sobrias.

Un día —ojalá próximo— su hermosa silueta de patrio, tallada en un bloque de piedra de estos montes que no pudieron admirar sus ojos al cerrarse para siempre, habrá de congregarnos nuevamente a quienes ahora lo vemos descender a la tierra que tanto amó, amparado por la bandera orgullosa de su patria, que al plegarse sobre su cuerpo adquiere amorosas actitudes maternas.

Para entonces y desde ahora, me forjo la ilusión de que una voz de la multitud lo llame, para enseñanza y estímulo de las nuevas generaciones, el patriarca de la libertad, el hijo bueno de la república.

Tengo la comisión honorabilísima de saludar por el nombre del liberalismo colombiano al más generoso de sus adversarios y al más insigne de nuestros compatriotas"

Don Luis Cano, comisionado por la Dirección del partido liberal para llevar la palabra en el Cementerio en el entierro del doctor José Vicente Concha, pronunció hoy a las doce y media del día, el discurso siguiente:

Serán muy breves las palabras que la emoción me deje decir delante de esta tumba, que en un rincón sagrado de nuestra propia tierra, aguarda con impaciencia maternal los despojos mortales del doctor Concha.

En realidad, no debería turbarme la voz humana el recogimiento de este acto de reintegración del patrimonio espiritual y físico de la república, merced al cual vuelven a ella, por una intensa atracción de amor, el alma y la carne de quien fue, de acuerdo exactamente con el concepto inmortal del señor Caro, un pedazo de las entrañas de la patria. El silencio, uno de esos grandes silencios de la multitud, sería el homenaje digno a un mismo tiempo del prócer, del lugar y de las circunstancias. Pero se me dió la comisión honorabilísima de saludar por última vez en nombre del liberalismo colombiano al más generoso de sus adversarios y al más insigne de nuestros compatriotas; tengo a cumplirla con el espíritu agobiado materialmente de temor y de angustia. Yo no soy —delo declararlo otra vez—, imparcial para juzgar al doctor Concha. Precisamente porque fui uno de los últimos en comprenderlo, me conformaría difícilmente con hacer de su memoria una evocación superficial y discreta. Tengo, además, obligaciones de gratitud hacia él, que no podría saldar con un discurso protocolario, que me exigen una devoción constante a su recuerdo y a su nombre, una lealtad apasionada a sus ideales, a sus enseñanzas y a sus inquietudes patrióticas.

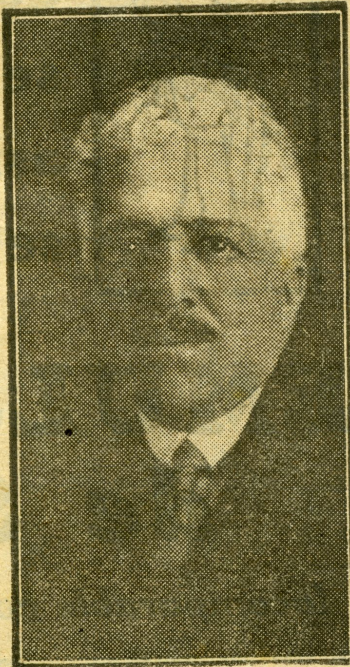
No ignoraban, ciertamente, esta circunstancia quienes me hicieron el honor muy grande de constituirme vocero suyo, y debo creerme autorizado para decir en su nombre y en representación del liberalismo colombiano, que la tumba del doctor Concha será, con el asentimiento de todos, uno de los santos lugares del patriotismo nacional.

Adviértase bien que no tienen estas palabras el valor de una simple fórmula de mala retórica de cementerio. Las pronuncio con una profunda emoción de respeto religioso y de ansiedad patriótica, y trato de expresar en ellas un sentimiento que debe ser el

Un día—ojalá próximo—la hermosa silueta de patrio del doctor Concha, tallada en un bloque de piedra en estos momentos que no pudieron admirar sus ojos al cerrarse para siempre, habrá de congregarnos nuevamente a quienes ahora lo vemos descender a la tierra que tanto amó, amparado por la bandera orgullosa de su patria, que al plegarse sobre su cuerpo adquiere amorosas actitudes maternas.

de la generalidad de los colombianos, el de todos los colombianos para quienes el doctor Concha fue en su época el más alto símbolo de la nacionalidad, el intérprete feliz y orgulloso de nuestras aspiraciones, de nuestros derechos y de nuestras prerrogativas de raza.

No es, pues, a título de me-



Don Luis Cano

ra lisonja fúnebre como reclamo para su tumba el carácter de un santuario del voto nacional. En obediencia a una voz insistente de mi conciencia, que me dice a todas horas que este país, amenazado en su estructura espiritual por las avenidas desbordadas de una especie de determinismo económico, necesita restaurar enérgicamente el culto de sus próceres, para restablecer el equilibrio indispensable entre sus aspiraciones de progreso y sus ansias de independencia, entre su ambición de hacerse rico y su obligación de conservarse libre.

Es infundada, y conviene desautorizarla en presencia suya, y en esta oportunidad solemne, la preocupación de que el doctor Concha predicó un evangelio internacional anacrónico, de realización práctica imposible en el estado actual de nuestras relaciones económicas y políticas con el resto del mundo. Ni como go-

bernante ni como estadista, expresó jamás concepto alguno ni promovió gestión de ninguna especie que el país tenga necesidad de rectificar para hacerse digno del respeto y de la amistad de las grandes y de las pequeñas potencias. Preconizó, ciertamente, una política de orgulloso decoro y de intransigente independencia, que no excluye la cooperación ni prescribe la cortesía, y que es la única fórmula de amistad posible entre países jurídicamente iguales y mutuamente dignos. Esa fórmula es de obligatoria observancia para cualquier goberante que aspire, en Colombia o en cualquiera otra nación, a merecer de sus compatriotas y de los extraños el concepto de magistrado independiente de un país independiente también; y por lo mismo que correspondió al doctor Concha el honor de enunciarla en una forma nítida, es nuestro deber de colombianos recordar juntos su nombre y su doctrina, y exaltarlos ambos como expresión simbólica de un noble anhelo nacionalista, conciliable con una generosa disposición internacional.

Si me fuera permitido referirme brevemente en esta ocasión a un incidente de nuestra política interna, que en cierto modo no es extraño a esta ceremonia cívica, diría como síntesis de mis conceptos anteriores, que no concibo el movimiento de concentración nacional patriótica, sino como una consagración feliz de la ideología del doctor Concha, y como una afirmación plebiscitaria de sus postulados y de sus normas de política internacional. En esa convicción, y con una declaración previa semejante, ingresé a él y he prometido secundarlo, porque no temo, ni toleraría por consideraciones de partido, un conflicto humillante entre mis convicciones políticas y mis aspiraciones patrióticas.

Desaparecido el doctor Concha, en quien admiré desde que pude comprenderlo, al conductor ideal de nuestra democracia, nos quedan su ejemplo y su doctrina como seguras normas de acción ciudadana, como derrotero que impunemente no podríamos abandonar. En todas las actividades propias de un hombre de estado, como inspirador y

como intérprete de las instituciones, como expositor político y como primer magistrado de la república, la obra del doctor Concha llevó invariablemente el sello de una exquisita pulcritud personal y de una inflexible austeridad democrática. Defendió los fueros del poder civil y el decoro y la soberanía de la nación contra los más altos poderes del mundo, y lo hizo sin una leve alteración en el ademán ni en las palabras, que fueron siempre majestuosos y sobrias.

Un día —ojalá próximo— su hermosa silueta de patrio, tallada en un bloque de piedra de estos montes que no pudieron admirar sus ojos al cerrarse para siempre, habrá de congregarnos nuevamente a quienes ahora lo vemos descender a la tierra que tanto amó, amparado por la bandera orgullosa de su patria, que al plegarse sobre su cuerpo adquiere amorosas actitudes maternas.

Para entonces y desde ahora, me forjo la ilusión de que una voz de la multitud lo llame, para enseñanza y estímulo de las nuevas generaciones, el patriarca de la libertad, el hijo bueno de la república.